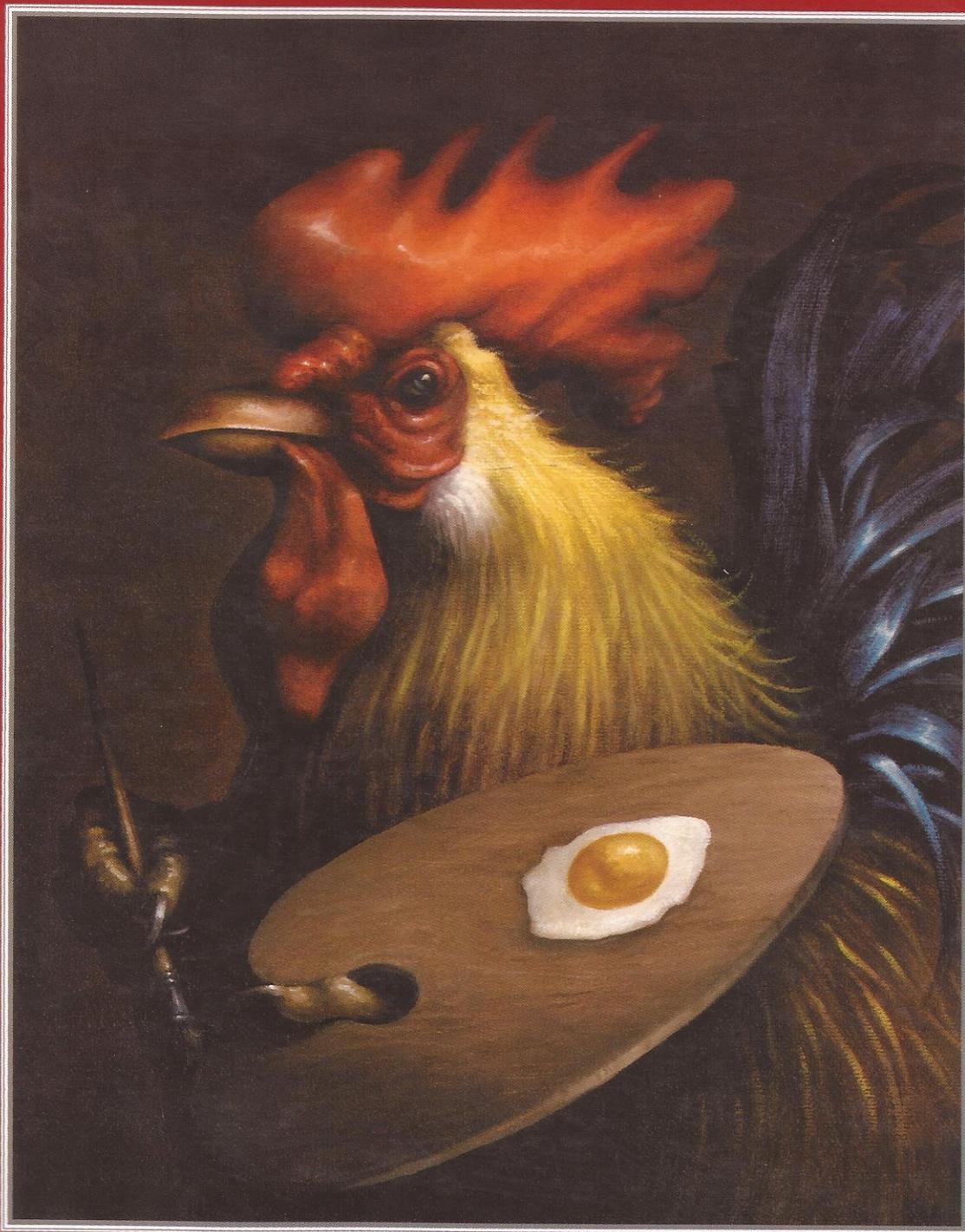


BESTIARIO



Stéphane Poulin
prólogo de Jean Fugère

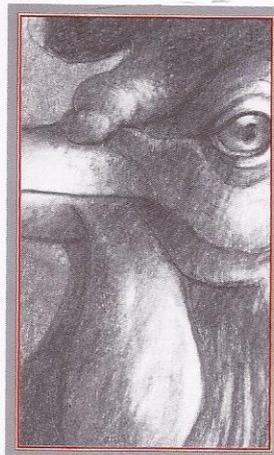


CIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA / EN CASO DE VENTA, DENUNCIAR AL TEL. 0800.999.3672

MATERIA



[BESTIARIO]



El caballito azul

En esa época —yo acababa de superar el listón de los treinta y nueve años— no las tenía todas conmigo.

Una pena de amor, de vida, de todo; uno de esos grandes baches que la vida te tiene reservados y que por error crees definitivos. Todas las tardes, subía pedaleando hasta el monte Royal. Allí arriba, donde la ciudad ya no se oye, sentado en un banco entre viejos arcos, le daba vueltas y vueltas a la cabeza.

Era un día sin nubes y yo creía que estaba solo, cuando sentí, como sucede a veces en los bares, una mirada penetrante. Detrás de la charca que nos separaba, un caballito azul me miraba fijamente, con un ojo vivo, franco, cargado de afecto. Con un ojo, sí, en singular, porque con el otro me guiñaba insistentemente, como hacen los travestís en las esquinas. Yo sonreí.

Estaba claro que eso era lo que él esperaba. Haciéndome ver que entendía, se acercó al agua y metió una pata, solo una, y, con un movimiento preciso, dibujó ochos que enseguida se convirtieron en olas. Patos y nenúfares se balanceaban en ellas. Yo miraba, perplejo. Se diría que eran restos de un número de circo, retazos de un arte antiguo flotando en su memoria.

En esos pensamientos andaba yo, cuando solté en voz alta: “De noche todos los gatos son pardos”. ¿Cómo se abrieron camino esas palabras hasta mi boca? y, sobre todo, ¿por qué el agua se agitó entonces con más gracia, hasta revelar luego el dibujo de unos gatos borrachos como cubas? Todavía hoy es un misterio para mí. Él, muerto de risa, guiñaba el ojo como desenfrenado. Un extra-

ño miedo me paralizaba a la vez que me embargaba un júbilo irresistible.

Pero ¡ay! la noche cayó y él regresó a su bosque. Yo volví a montar en mi bici y tomé el camino a casa. A cada pedalada me iba repitiendo: “Ya nada será igual, ya nada será igual”. El caballito azul acababa de entreabrirme la puerta de un nuevo mundo.

Volví el día después, y los siguientes. Subía a todo correr por las cuevas del monte Royal. El ritual era siempre el mismo: guiño de ojo, sonrisa, la pata en el agua y esas palabras, esas frases que no sé cómo llegaban a mi boca y que yo gritaba sin querer. Un día dije: “Noctambullir”, así como suena. De pronto, con un golpe de su casco en la charca me arrojó dentro de un cuadro de Edward Hopper en el que, después, en un gesto de generosidad, depositó un enorme Moby Dick que me salpicó hasta calarme. Desde entonces no escatimó ni un guiño para mí. Magritte, Hopper, los surrealistas, Van Gogh... El asunto se estaba poniendo muy, muy divertido.

Todas las tardes de aquel verano tan corto me llevaron a él y nos fueron uniendo cada vez más. Sus dibujos me aliviaban la vida y me la hacían más llevadera. Y además, cada cosa suya me sorprendía. Empezando por su lado cachondo, que ratificaba continuamente con ráfagas de guiños. Ese humor tan fino que se reía del mundo, hasta de las cosas más serias. Aun hoy creo que su arte de vivir se basaba enteramente en eso, en su risa fantástica.

Debían de ser las cuatro. Yo estaba jadeando, colorado como un cangrejo y empapado en sudor.

Detrás de los velos lechosos de las nubes, sonó un trueno y un ruido de batir de alas de pájaros enloquecidos -retumbó sobre el estanque. Una auténtica matraca.

Entonces apareció la jirafa:

« Desde luego, está claro que cuando vosotros, los humanos, habláis de amor, preferís los tamaños pequeños: “mi pollito”, “mi gacela”, “mi gatita”... Y yo ¿qué? Están muy bien todos esos picos, hocicos, bolitas del pelo, de los que os gusta rodearos. Bravo, maravilloso. Pero yo, ¿dónde me ponéis a mí? ¿dónde voy a vivir? ¿condenado a ser un peluche? No me queréis más que para los zoológicos y los safaris. “El Señor Cuervo, subido a una jirafa, tenía en su pico un queso”. Eso hubiera sido revolucionario ¿no? Francamente, con mi tamaño ¿no sería lógico que estuviera destinado a la gran pantalla? Pero bueno, escuchadme atentamente, por fin ha llegado mi hora. En verdad, en verdad os digo: Yo soy, yo soy el amarillo sobre el negro. Yo soy la luz en la oscuridad. La luz de la noche! ». Relámpagos, truenos, el largo cuello se hundió entonces en el abismo en medio de fumarolas de furor mientras el cielo nos caía sobre la cabeza. El caballito azul, os lo juro, se reía a carcajadas.

Pasó el verano. Nos queríamos desde lejos. Sin acercarnos, ese era nuestro acuerdo tácito. Antes de irme, a unos pasos del banco, le dejé unas zanahorias, terrones de azúcar, chucherías. Y me fui con mi dibujo. Cada día me llegaba una nueva alegría de algún mundo secreto del que, cuarenta años después, aún no me he cansado. En estos animales intemporales, incluso entre los más desconocidos, como los caracoles, encuentro nuestra alma, nuestra época, nuestros defectos humanos, todo lo que nos ingeniamos para pasar por la vida.

Pero sucedió que por aquellos días yo viví una pérdida terrible. Harold murió. Harold, mi buen bulldog, que me había comido todo un sofá, que tenía el vientre tan rosa y tan blando como un culito y unos cojines en los pies tan fragantes como un pan caliente recién salido del horno. Una criatura rara, cabezona y estoica, de una pereza cercana a la catatonia. Harold, el 12 de julio no volvió a levantarse. Aullaba. Yo nunca había oído algo tan desgarrador como el grito de ese animal sufriendo. Un grito inaudito, en sentido literal, un

ronquido de vida amenazada, salvaje, lanzado con una violencia que arrancaba el corazón. Gracias a la morfina, los gritos cesaron y, con su pata en mi mano, lo acompañé hasta el final, cuando su mirada dejó la mía.

Después de cuatro días con las cortinas echadas, volví a subir allá arriba. Era una tarde de mucho viento. Las nubes se desplazaban en todos los sentidos y las hojas se arremolinaban por el aire. Él, el caballito azul, me esperaba. Ni una señal, ni un movimiento, ni un guiño. Nada. Entre nosotros solo el viento, que arrugaba el agua como a una manzana vieja. Ni una palabra salió aquel día de mi boca, pero muy lentamente, en el centro de la charca, fui viendo desfilar la correa, el plato de la comida, el collar usado, los trozos del sofá, miguitas de galletas, la manta hecha jirones, las cosas que habían sido su vida y que enseguida fueron engullidas por el agua. Para siempre. En mi mundo no hay loba romana ni águila americana ni castor canadiense ni oso berlinés; solo este perro desconocido.

Por fin el viento de los últimos días paró durante la noche y dejó de llover. El banco estaba casi seco. El olor del bosque después de la lluvia me transportó a otra lejana humedad perfumada, respirada en la ingle. Volví a tener presente aquella noche de mis veinte años, los primeros roces, los instantes furtivos en los que se averigua con la mirada, en los que se comprueba la coincidencia del deseo. Ya había olvidado su cara, el gusto de su lengua, pero no el olor entre los pelos ni lo salado de su sudor ni el pequeño sendero escondido, justo allí abajo, donde por la noche se va siempre a buscar lo desconocido y a saciarse. Dos perros locos llegaron en ese instante, seguidos de su dueño. El aire rezumaba deseo.

Las zanahorias de la víspera todavía estaban allí. Al día siguiente también. Y al otro. El caballito azul no volvió. Yo estaba temiendo aquel momento, pero no acababa de creerlo. Fui por última vez hasta el agua callada y monté de nuevo en la bici. Mi tiempo aquí abajo se acaba. Un potrillo azul y bromista me llevará con él dentro de poco. Ha llegado la hora de poner mis cosas en orden.

Aparte de Harold, todo lo que he visto en la charca del monte Royal vive en los colores de este cuaderno.

Jean Fugère

[BESTIARIO]

[BESTIARIO]

Bestiario



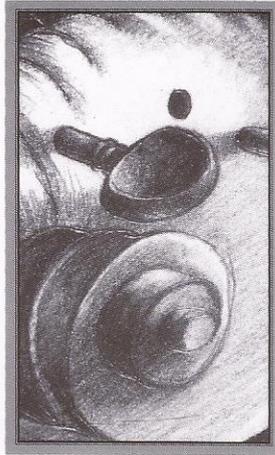
BESTIARIO



[BESTIARIO]

Animal

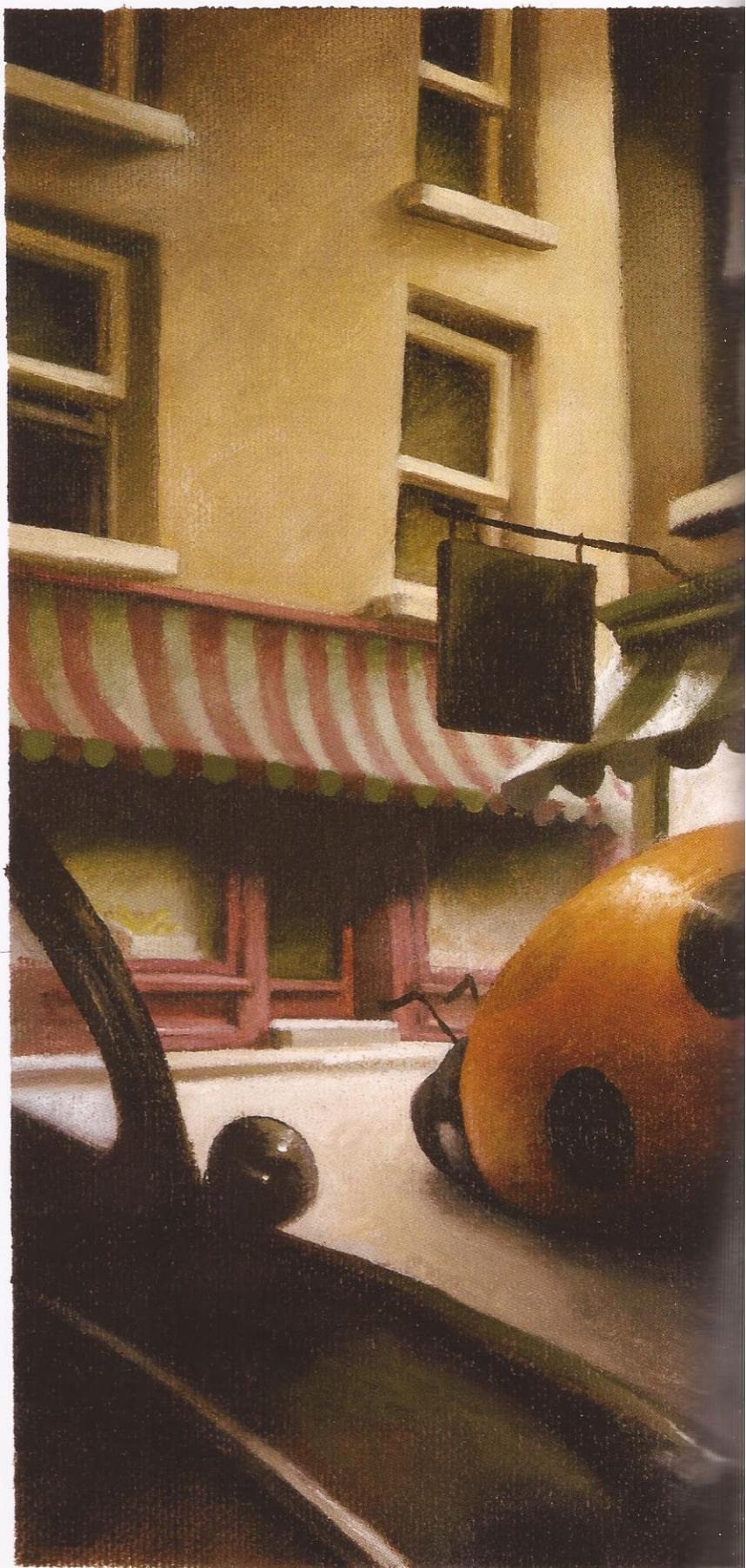
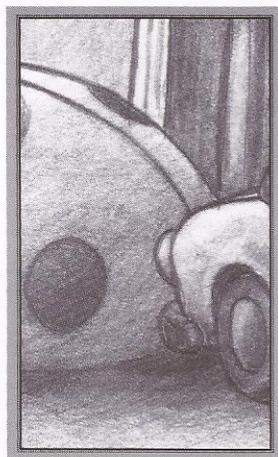
de cuerda e instrumento con cuernos

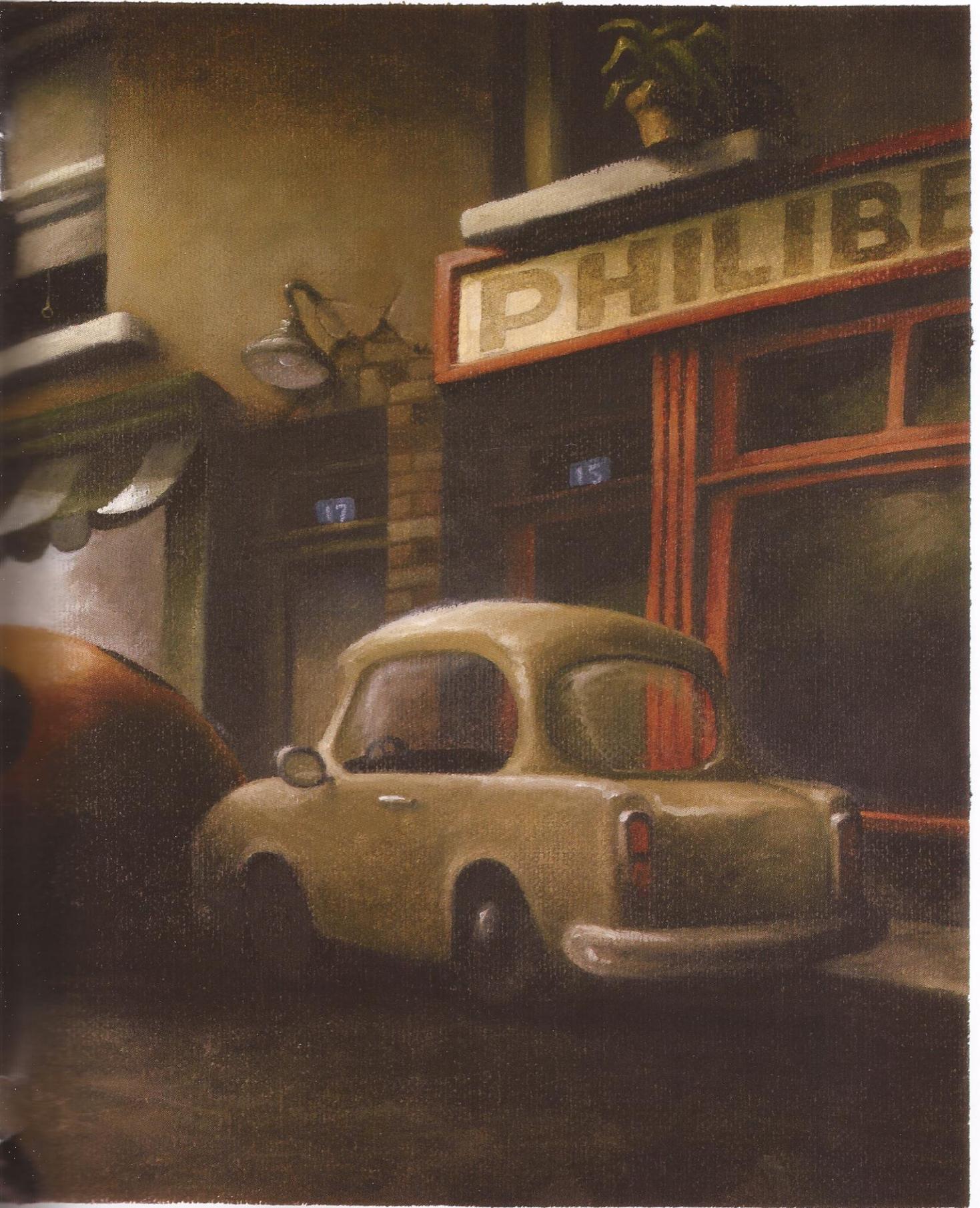




[BESTIARIO]

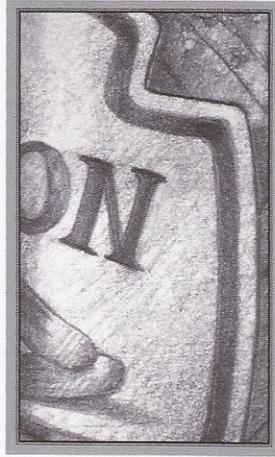
Mariquita

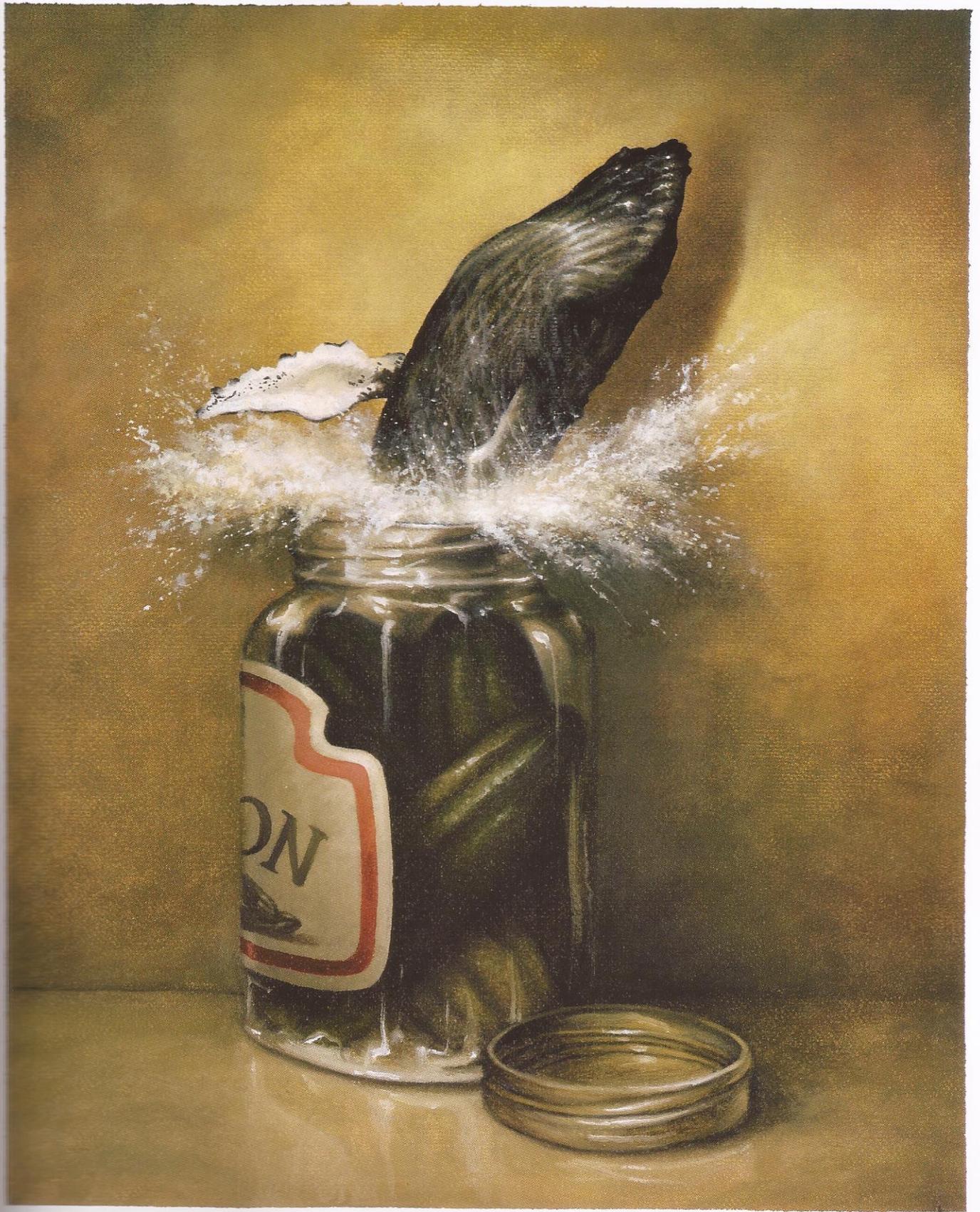




[BESTIARIO]

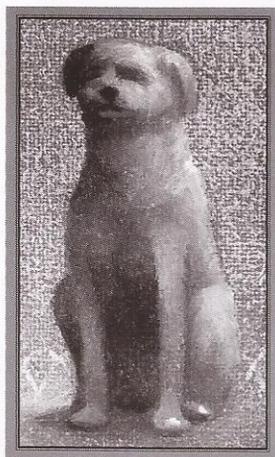
Mamífero marinado





[BESTIARIO]

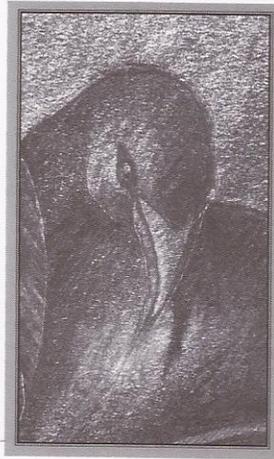
Pedigri





[BESTIARIO]

La zorra y el cuervo

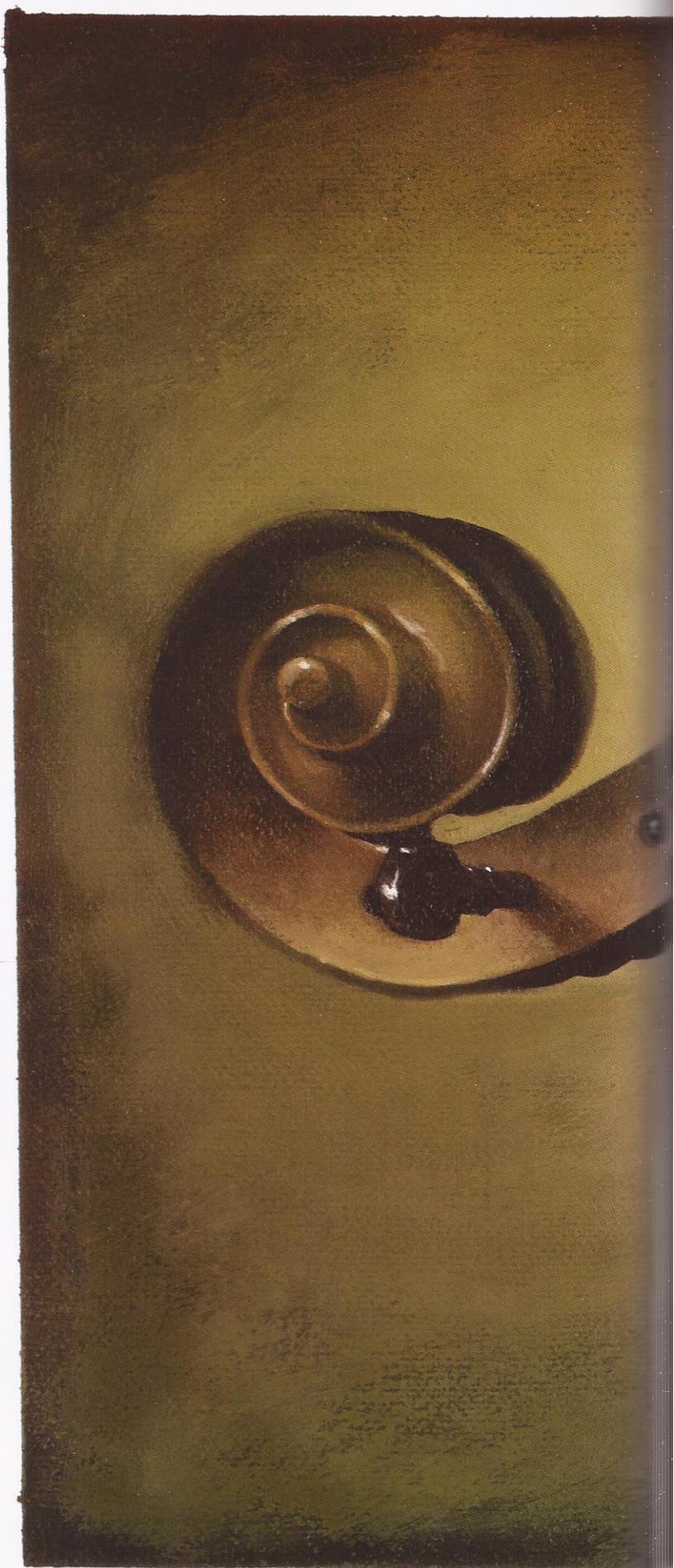
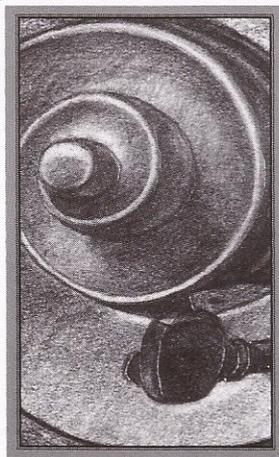


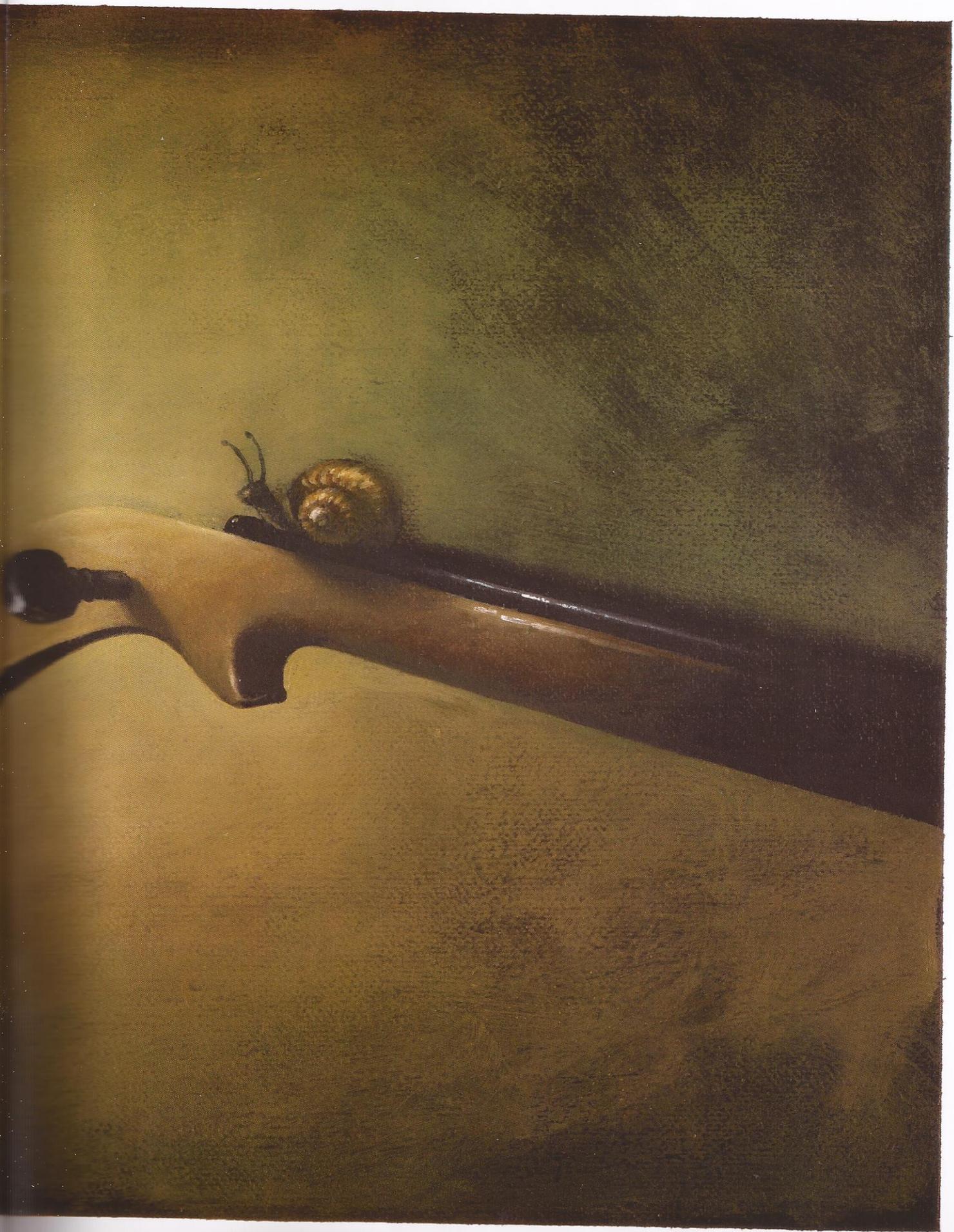


[BESTIARIO]

Variaciones

sobre un aire de familia





[BESTIARIO]

Bolero



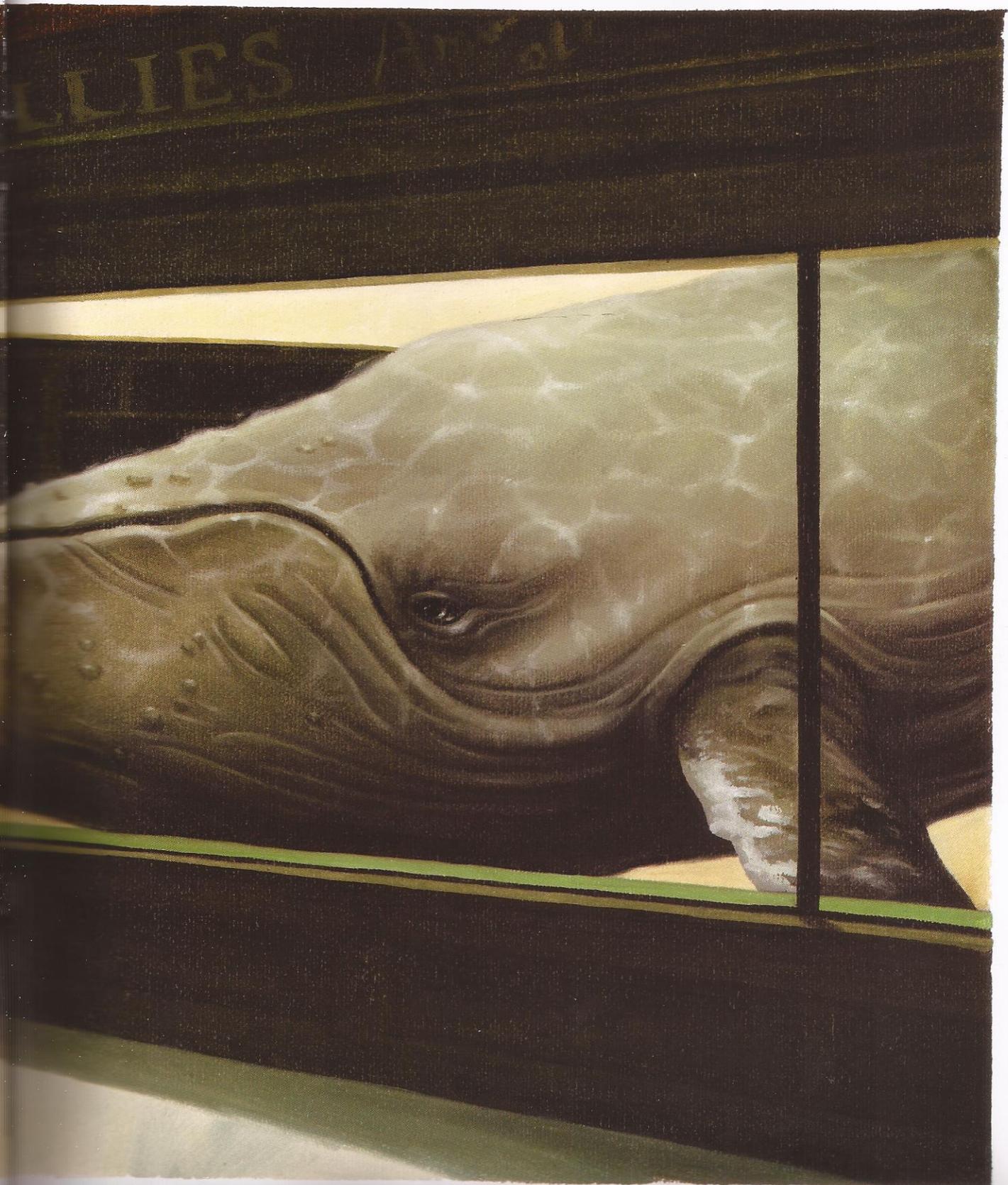


[BESTIARIO]

Noctambullir

(de una obra de E. Hopper, "Noctambules")





[BESTIARIO]

Camerino





[BESTIARIO]

Animal criado





[BESTIARIO]

Insomnio





[BESTIARIO]

Lección de humildad I

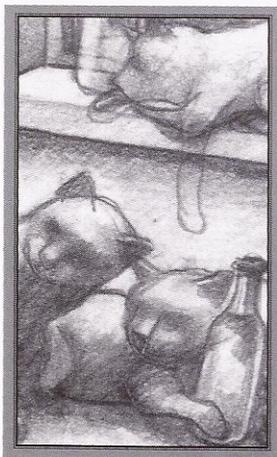




[BESTIARIO]

De noche

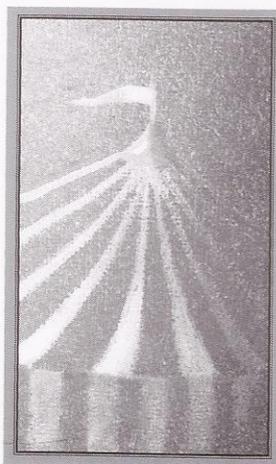
todos los gatos son pardos





[BESTIARIO]

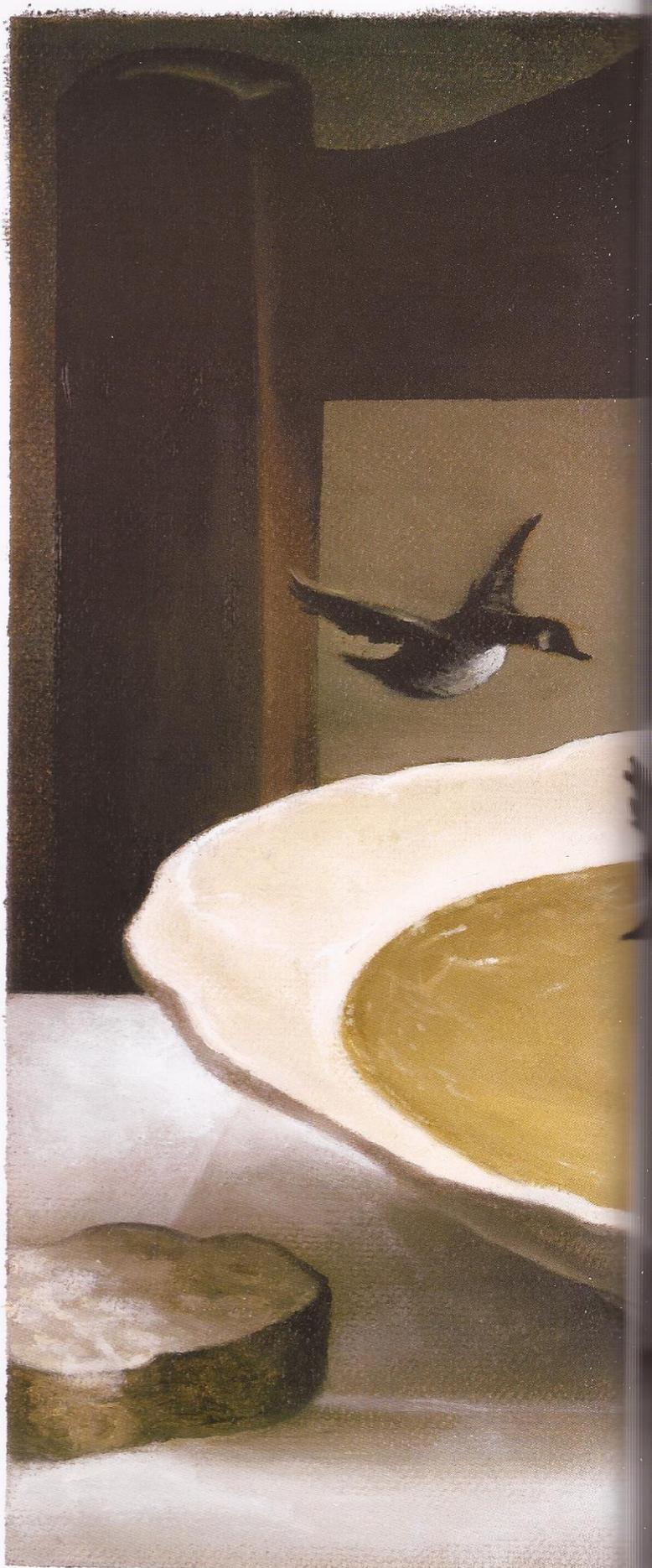
La noria





[BESTIARIO]

Sopa cazadora





[BESTIARIO]

Lección de humildad II





[BESTIARIO]

La angustia

de la hoja en blanco





[BESTIARIO]

Exceso de velocidad





[BESTIARIO]

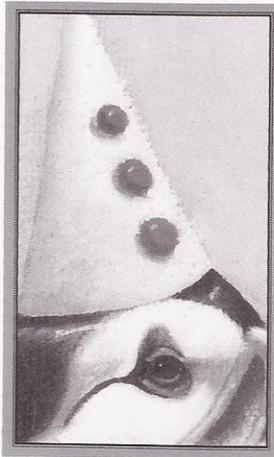
Peep show

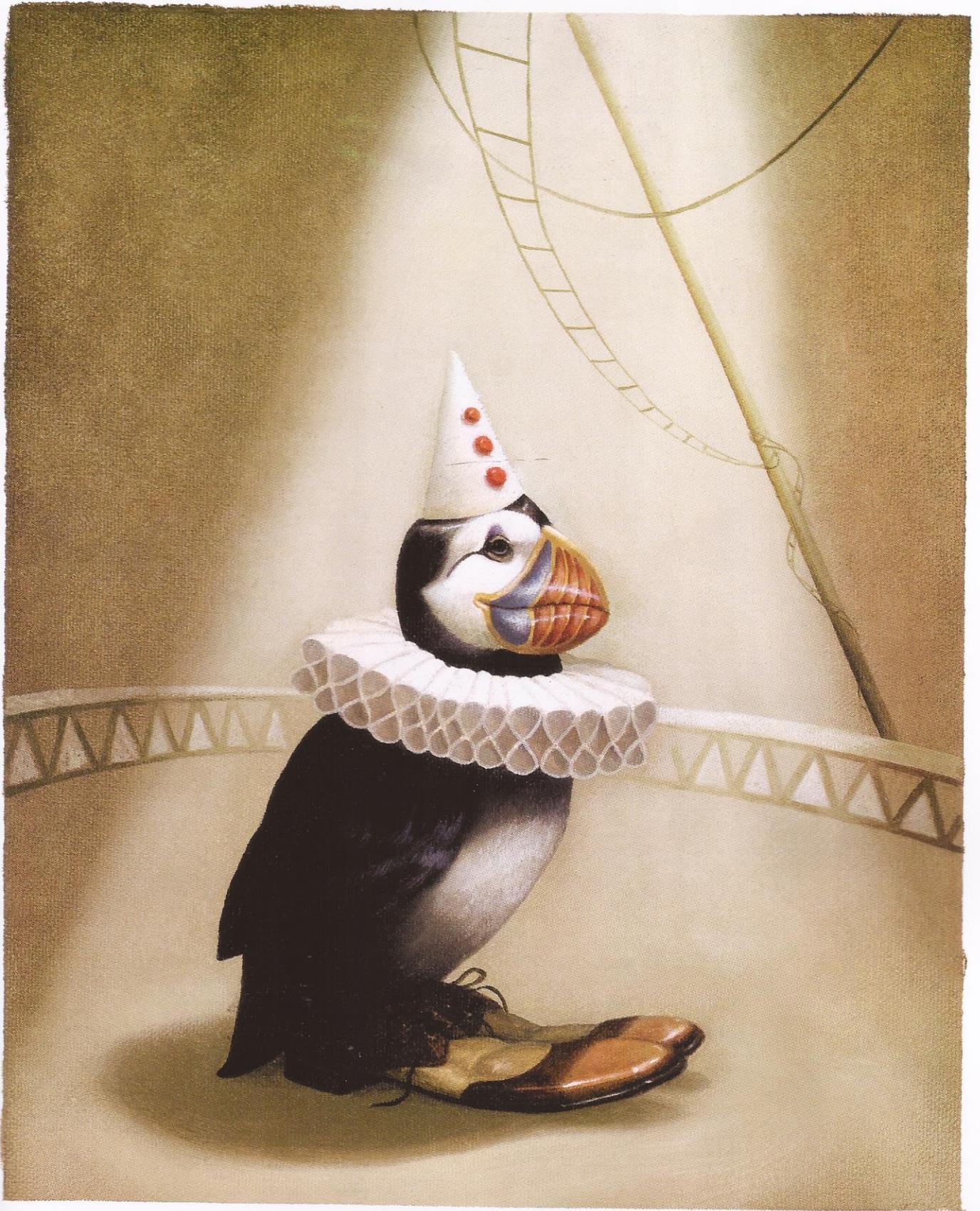




[BESTIARIO]

El pájaro payaso

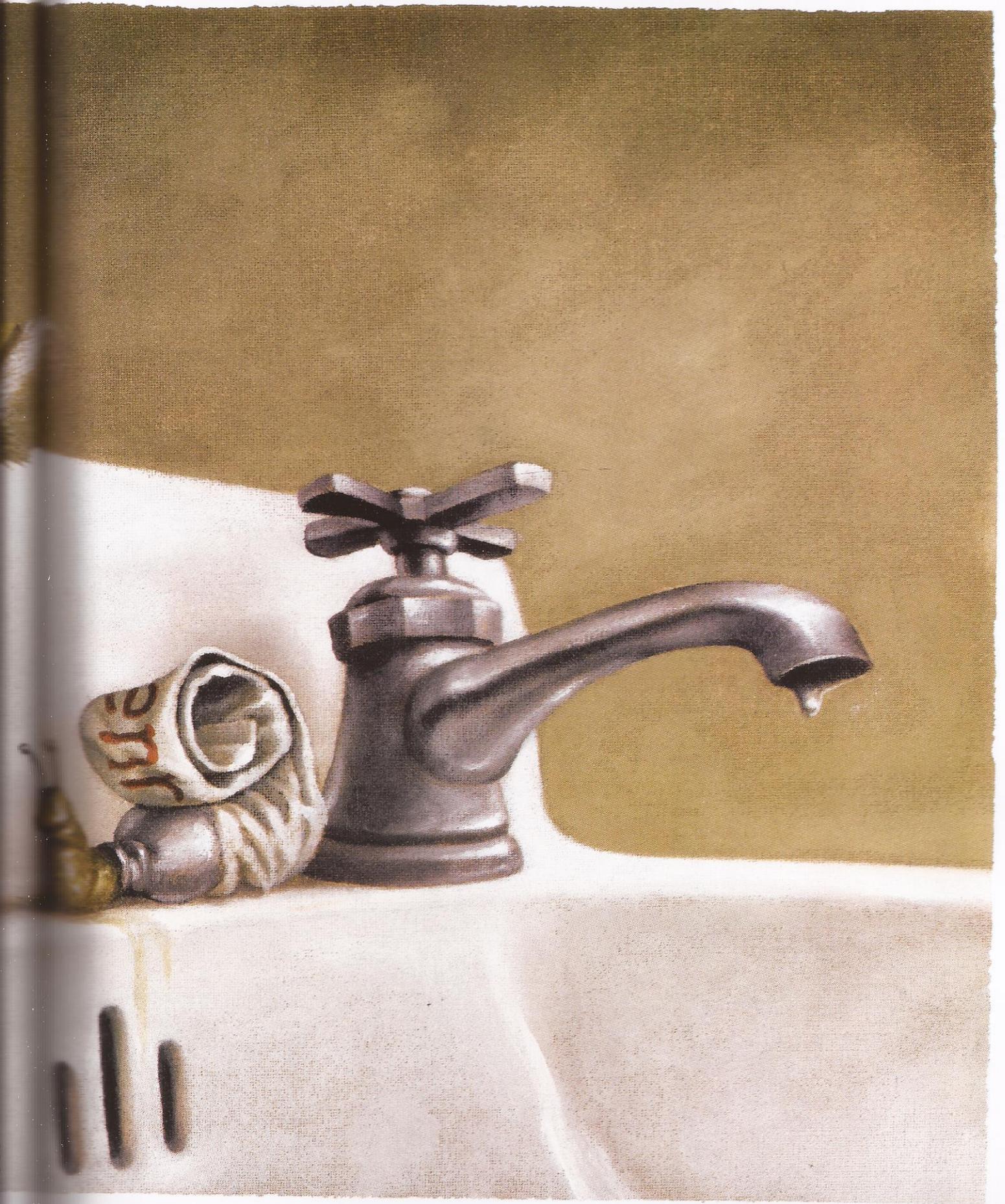




[BESTIARIO]

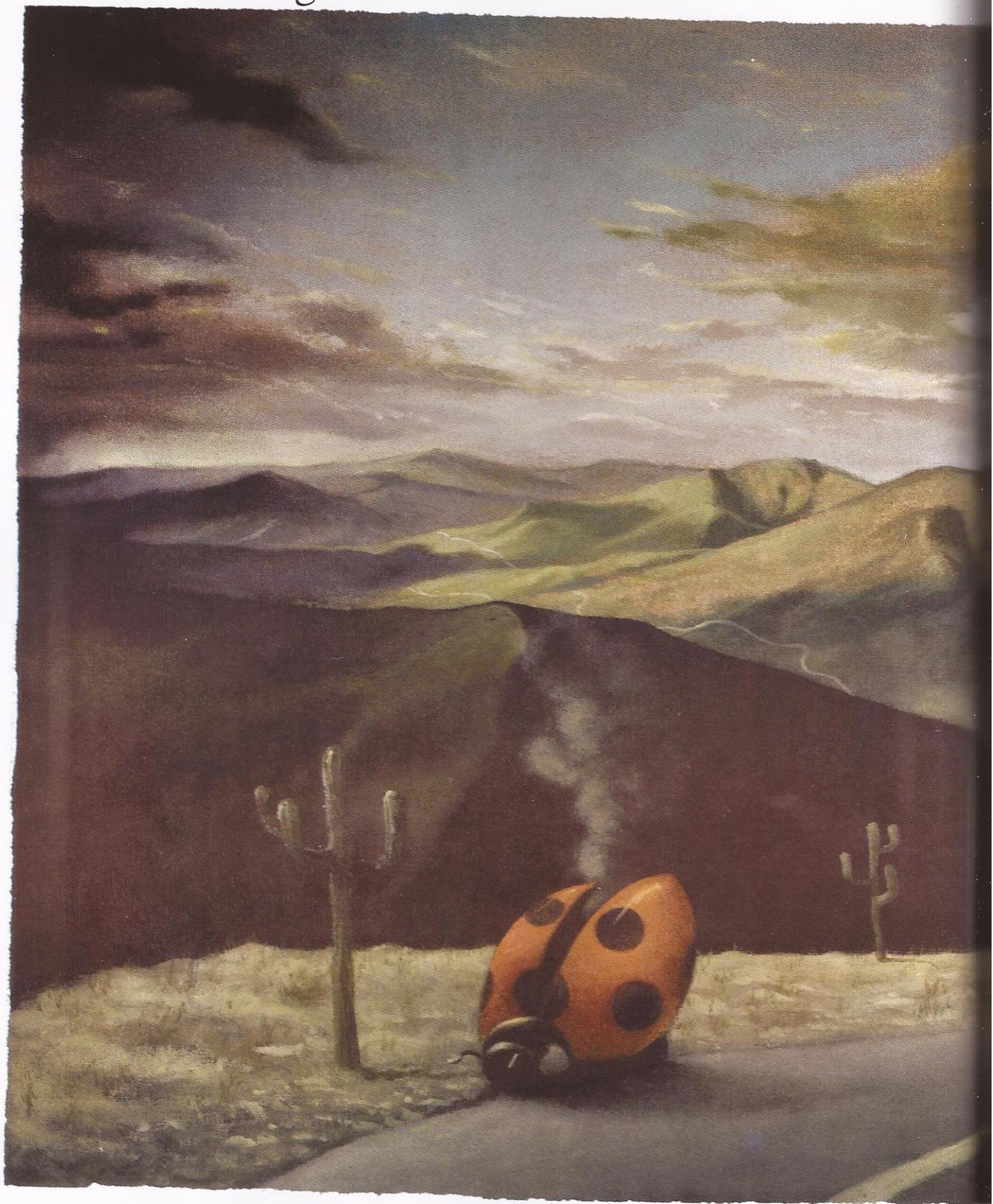
Higiene matinal

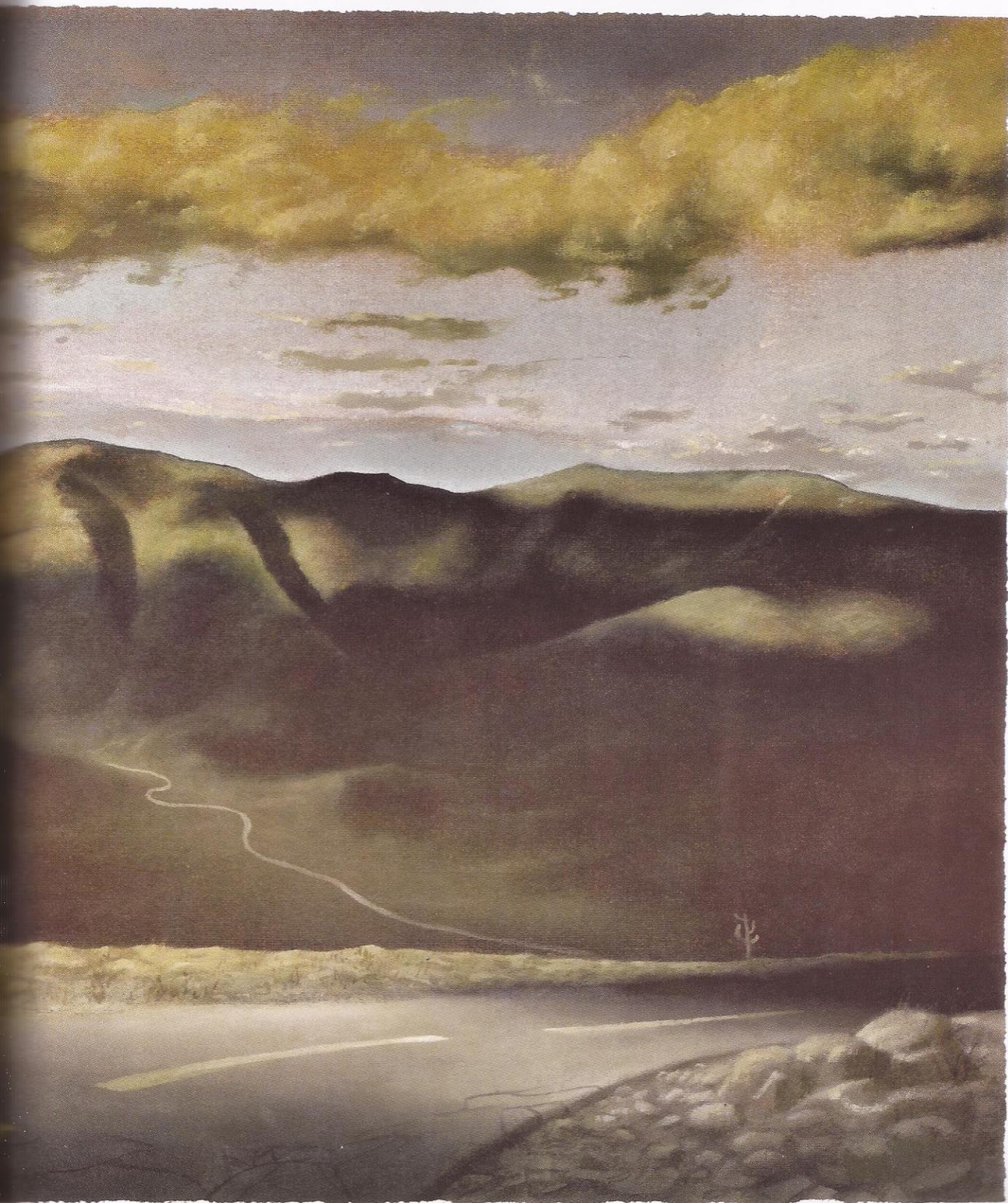




[BESTIARIO]

Se acabó la gasolina

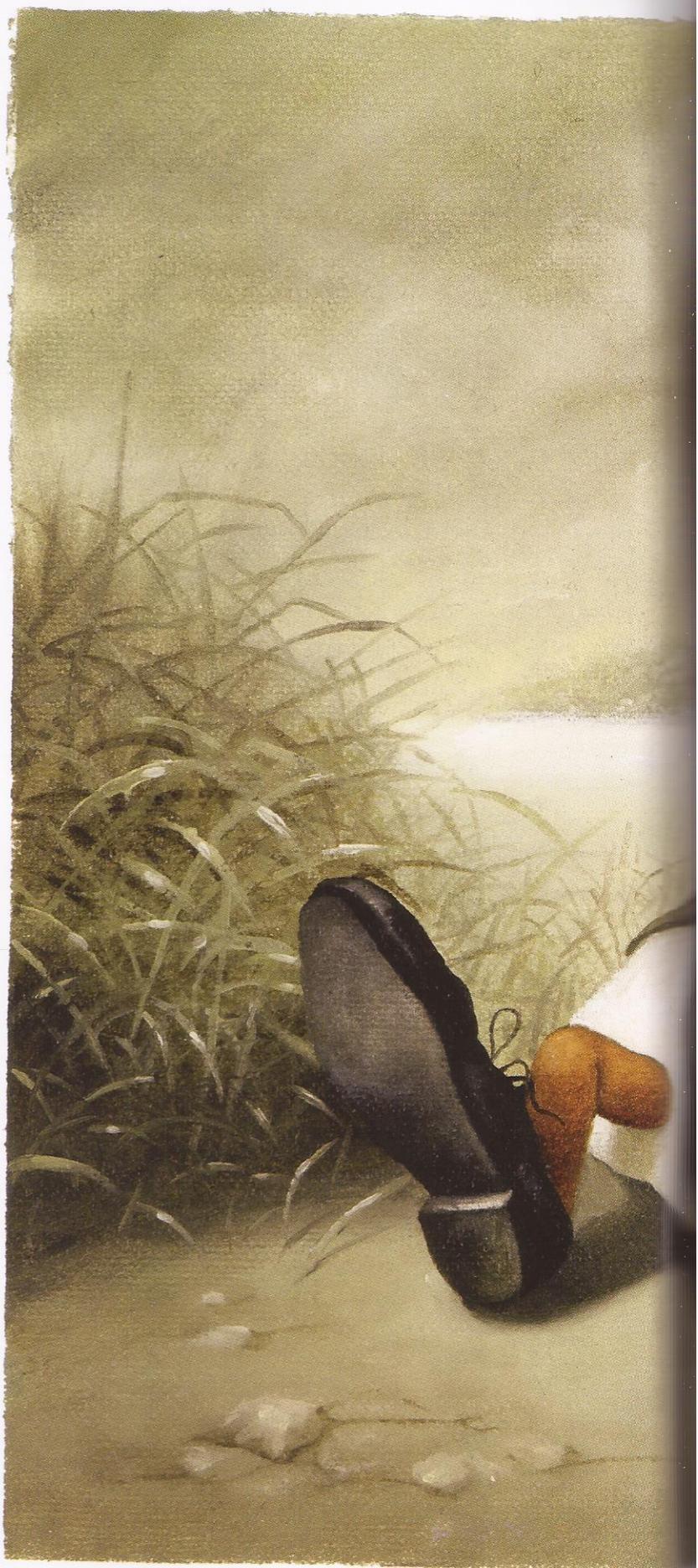




[BESTIARIO]

Muerte

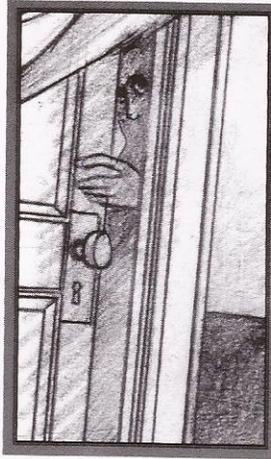
de un viajante





Corre

el rumor de que el inquilino del sexto fue coronel
de un regimiento de caballería.

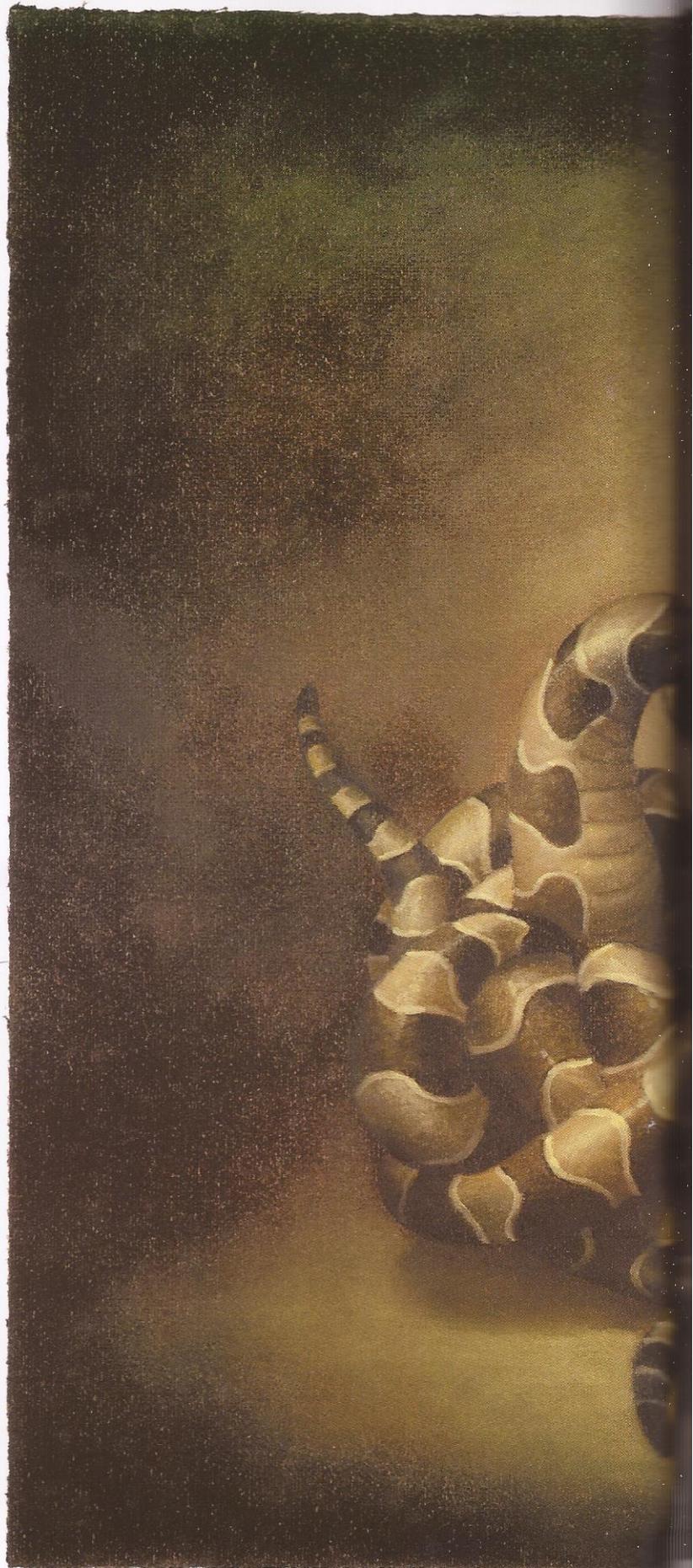


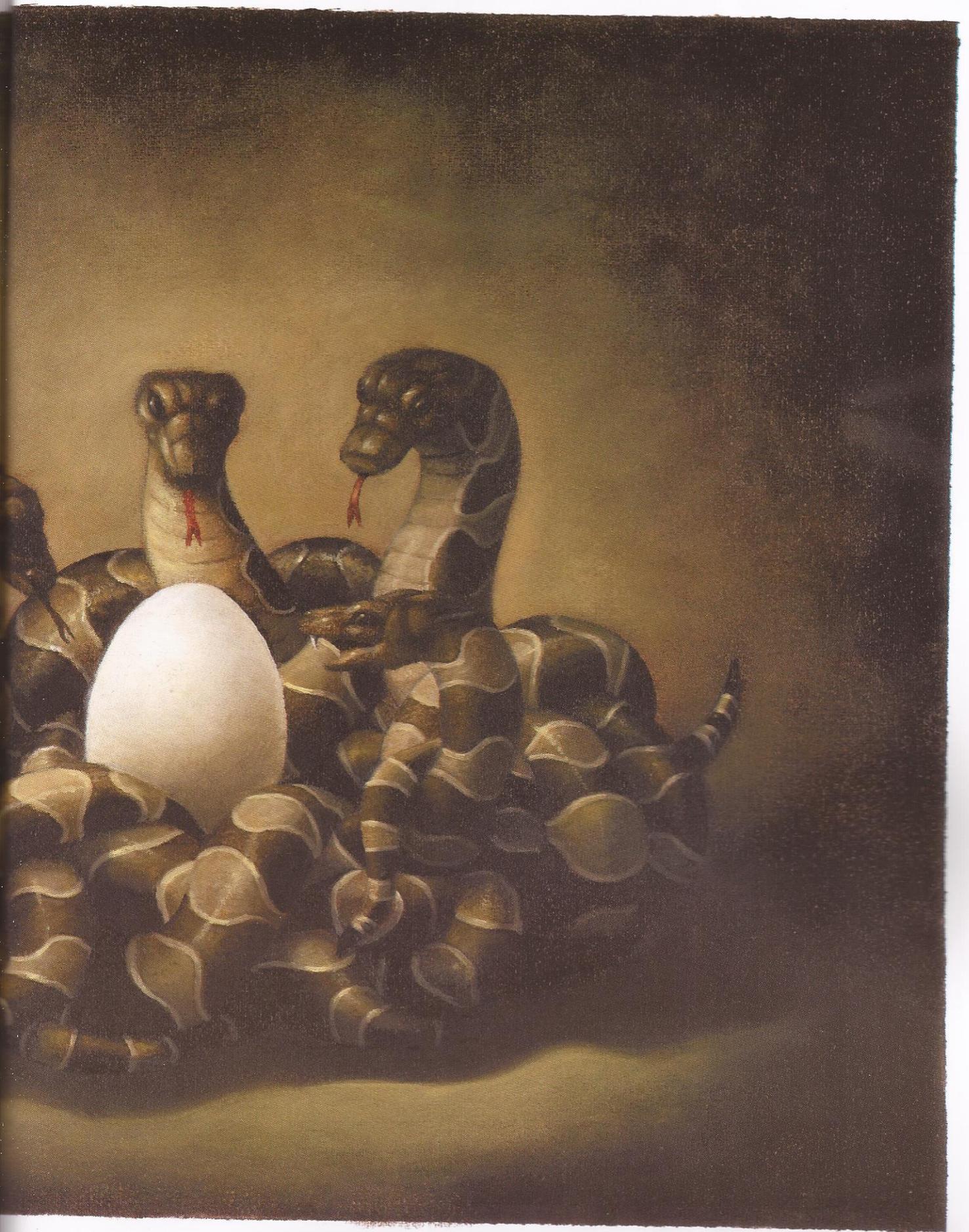
DIRECCION GERAL DE CULTURA Y EDUCACION
BIBLIOTECA PEDAGOGICA
JULIO
CORTAZAR
CHIE MARCOS PAZ
DE FEBRAS 1954



[BESTIARIO]

Nido de víboras





[BESTIARIO]

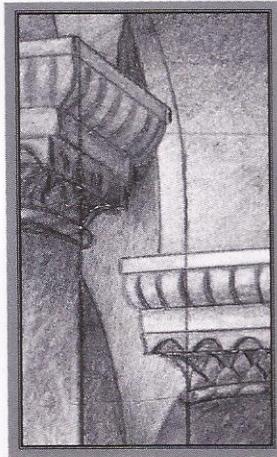
Mutilación

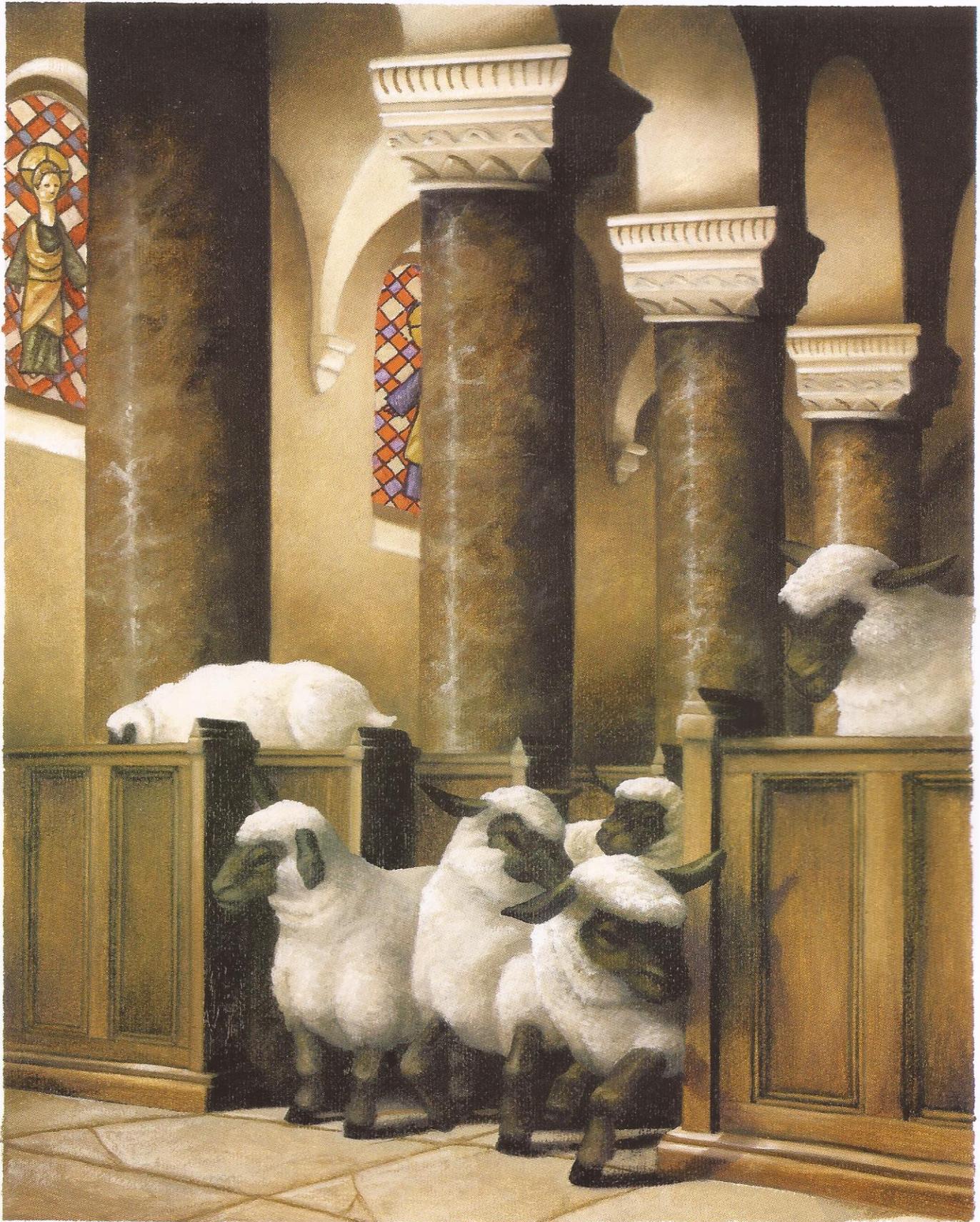




[BESTIARIO]

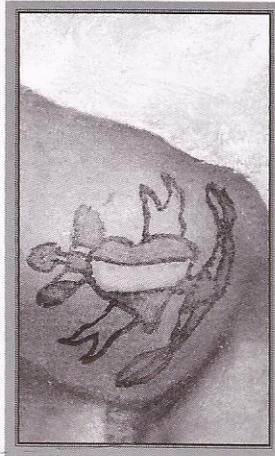
Ovejas descarriadas





[BESTIARIO]

Cerdo de mar





[BESTIARIO]

El origen del arte





[BESTIARIO]

Victoria





[BESTIARIO]

Pescado

acabando su autorretrato



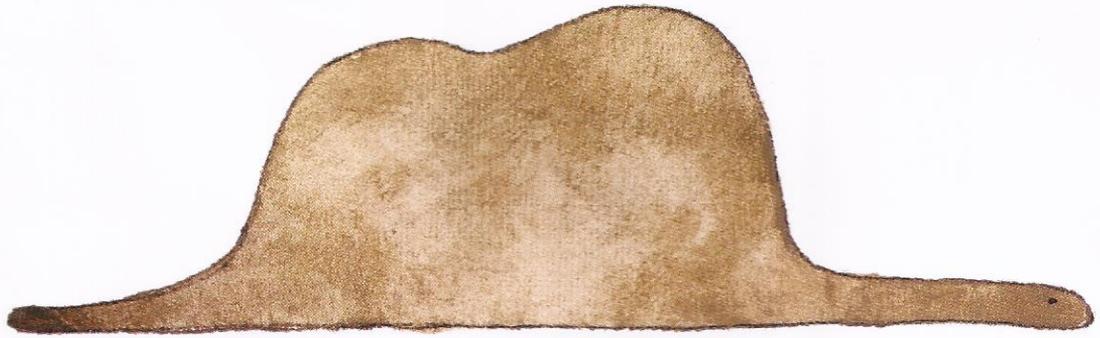


[BESTIARIO]



Ceci n'est pas une pipe.

Homenaje a Magritte
y a Saint-Exupéry



Ceci n'est pas un chapeau.



Ceci n'est pas une pipe
dans un chapeau.



[BESTIARIO]

« En estos animales intemporales,
incluso entre los más desconocidos,
como los caracoles, encuentro nuestra alma,
nuestra época, nuestros defectos humanos,
todo lo que nos ingeniamos
para pasar por la vida ».

Jean Fugère

